

De utopías y realidades

La educación y las bibliotecas escolares

Hace ya 5 años el gobierno de la Comunidad de Madrid aprobó un plan de apoyo al Sureste de Madrid, entre cuyas medidas se encontraba la apertura de bibliotecas en centros escolares una vez finalizada la jornada lectiva. Al comienzo se abrieron 8 bibliotecas, y en la actualidad ya son 14 las bibliotecas que conforman esta red. En enero de 1999 la gestión de estas bibliotecas pasó a la Fundación Tomillo, que dentro de su programa CAPTO (Centro de Actividades Pedagógicas Tomillo), se encarga hasta ahora de su funcionamiento.

En este artículo queremos contar la experiencia de todos estos años e incluir una serie de reflexiones sobre la educación, las bibliotecas escolares, el papel de éstas dentro de la escuela, el trabajo de educadores-bibliotecarios que desarrollan su tarea en centros educativos, pero fuera del horario lectivo y, en definitiva, reflexionar con vosotros sobre este mundo que tanto nos apasiona.

Una reflexión en torno a la educación

La educación es entendida como un entramado institucional y un conjunto de procesos y relaciones insertos en la sociedad global y dotados de una organización interna. La educación no es, por tanto, una institución independiente de la sociedad, aparte o por encima de ésta, capaz por sí sola de eliminar las diferencias y desigualdades. Es por ello que no puede ser comprendida al margen de la sociedad, sino en relación con el resto de las instituciones existentes en una sociedad determinada.

Reflexionar en torno a la educación y a la sociedad significa, entre otras cosas, ir más allá de la interacción pedagógica entre el profesor y el alumno. Significa poner de manifiesto los intereses concretos que se esconden o a los que responden las distintas concepciones de la educación.

Cada discurso sobre la educación responde a intereses concretos que surgen en un período concreto. Las teorías de la educación crecen en un espacio social específico. Por este motivo, parece claro que el sistema educativo trata de responder a los imperativos que la propia sociedad reclama, que en la actua-

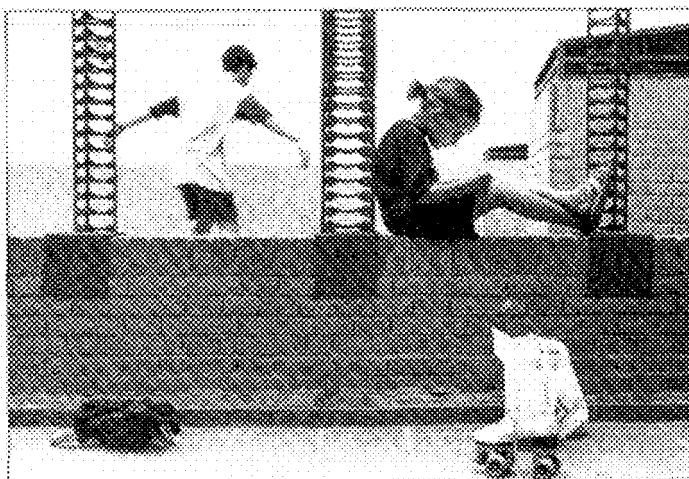
lidad no son otros que el imperativo democrático y la igualdad de oportunidades.

Democracia e igualdad son los ideales que atraviesan la escuela, de tal forma que se ve en esta institución la vía para transformar la sociedad, para construir una nueva sociedad con una nueva estructura. La escuela es vista como unificadora, capaz de realizar el ideal de progreso humano y social. Y es este ideal de progreso el que hace que nos preguntemos sobre cuál es la sociedad que deseamos construir, sobre cuáles deben ser nuestras concepciones básicas acerca de la condición humana, cuáles deben ser nuestros valores y nuestros fines. En definitiva, preguntamos qué esperamos de la educación, situándonos así en el plano de lo que debería ser, en el plano del ideal.

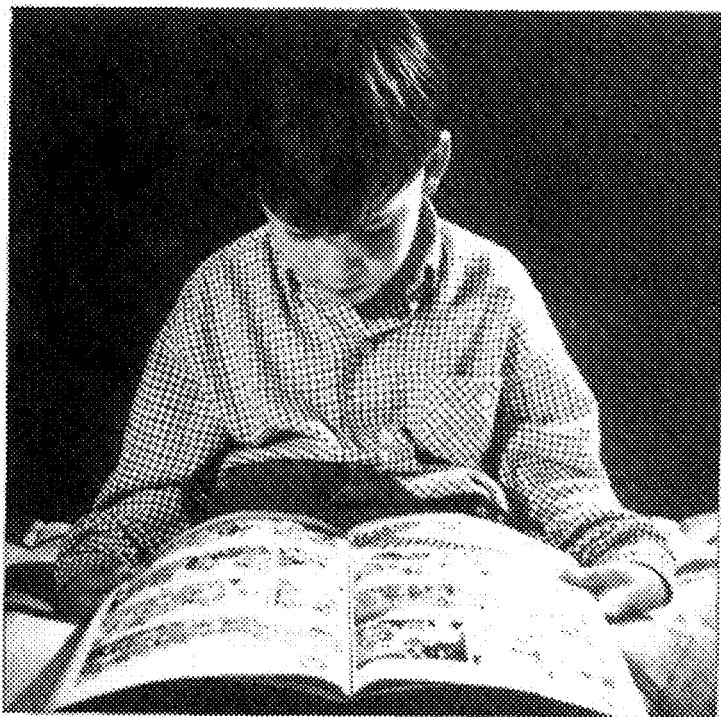
Progreso, democracia, bienestar social, igualdad, no son ideales exclusivos de la escuela, del sistema educativo, aunque parece que es a esta institución a la que se le confiere idealmente el poder de transformar por sí sola toda la sociedad, comenzando por lo que se considera la base de la misma: la infancia. En definitiva, de lo que se trata es de educar para vivir en esa sociedad de cuyos valores es portadora la escuela.

Sin delegar en la escuela la resolución de todos los problemas existentes, ésta busca enseñar determinadas habilidades, técnicas y actitudes, así como comportamientos adecuados para vivir en la sociedad.

El acento no se sitúa exclusivamente en el conocimiento (entendido éste como conocimiento puro) que pueda ser adquirido dentro de la escuela.



David Arranz Castro. *El placer de leer*. BPM de Salamanca, 1996



Juan Carlos Mena. *El placer de leer*. BPM de Salamanca, 1995

Aunque la escuela no dé la solución a todos los problemas existentes y persistentes en nuestra sociedad, no parece que exista razón para pensar que no pueda ayudar a conseguir los ideales que la sociedad reclama.

La reflexión y la crítica en torno a los desajustes entre el ser y el deber ser, sobre los fines de la educación, el sistema educativo o los métodos de enseñanza, abren un debate y con él las posibilidades de transformar y mejorar no sólo la propia institución escolar, sino nuestra sociedad en general.

Sobre la LOGSE y el papel de las bibliotecas escolares

Toda reflexión y crítica se asienta sobre el conocimiento. Si sabemos dónde estamos y en qué condiciones, es decir, con qué recursos contamos, podremos utilizarlos, usarlos y manipularlos de tal forma que siempre estén a nuestro favor. Desde nuestro punto de vista, la palabra clave aquí puede ser la manipulación, o si se prefiere, leer entre líneas.

La LOGSE dibuja un sistema educativo que, independiente de las pasiones, odios, recelos, cautelas o amores que provoque, nos da una base sobre la que fundamentar nuestra actuación. De la manipulación que hagamos de ella va a depender que alcancemos los objetivos y fines que la Ley propone, algunos de los cuales están definidos de forma clara, mientras que otros, ambiguos y vacilantes, van a depender de la actuación de quienes la llevan a la práctica. Es

decir, de que queramos o no leer entre líneas. El reto está lanzado. De nosotros depende recogerlo o no.

No parece éste el lugar para enumerar todos y cada uno de los fines u objetivos, claros o ambiguos, concisos o vacilantes, que busca la Ley. Basta con nombrar uno sólo de ellos, el que en este caso más nos interesa y da pie a esta reflexión que estamos elaborando: dotar al alumno de aquellos recursos necesarios y suficientes que le permitan constituirse en investigador, lo cual no es otra cosa que dotar al alumno de una autonomía en el aprendizaje.

Llegado a este punto, son varios los caminos de reflexión que se nos abren, entre los cuales sólo vamos a plantear la necesidad de la biblioteca en los centros y su desarrollo, entendida ésta como centro de documentación, reflejo de la actual sociedad tan bien denominada como "sociedad de la información"; de tal forma que el acceso y la selección de la información serán dos de las claves que condicionarán el que se alcancen o no los ideales democráticos y de igualdad de oportunidades. La biblioteca escolar surge así como punto esencial en la formación del alumno como futuro "investigador".

La biblioteca escolar

El incremento progresivo y exponencial de la información, el descenso de los niveles de lectura entre la población, el número cada vez mayor de analfabetos funcionales, son índices, entre otros, de las pautas en las que se encuentra la sociedad actual. Pautas y comportamientos en los que la escuela, junto con la biblioteca escolar, puede intervenir e influir.

La sociedad en la que nos encontramos genera cantidades enormes de información que debe ser usada constantemente. La adquisición de instrumentos y capacidades que permitan trabajar con este flujo constante de información se convierte en un requisito fundamental en la formación de los alumnos y futuros ciudadanos.

Aparece así la necesidad de la biblioteca escolar como agente igualitario, al ofrecer las mismas posibilidades a todos los alumnos, apoyando permanentemente los programas y acciones de enseñanza y aprendizaje, asegurando el acceso a una amplia gama de recursos y servicios, instruyendo, guiando al usuario, facilitando la puesta al día, actualizando los conocimientos...

La biblioteca escolar debe integrarse dentro del conjunto de la comunidad escolar, entendiendo ésta en un sentido amplio; es decir, no estamos hablando exclusivamente de profesores y alumnos. Hablamos también del entorno: padres, vecinos, asociaciones vecinales, colectivos diversos... En definitiva, de lo que se trata es de traspasar los muros del propio cen-

tro y abrirse al barrio en su conjunto, como centro de recursos útil e imprescindible. Una vez más debemos recordar que la escuela no funciona de forma independiente a la sociedad. Somos nosotros los que la formamos, por lo que sus recursos deben ser nuestros recursos.

Y al frente de la biblioteca escolar el profesional. Si, hablamos del bibliotecario escolar, como profesional no sólo de los procesos técnicos de una biblioteca, sino también con conocimientos pedagógicos, que le permitan actuar en y para la comunidad educativa en la que se encuentra inmerso.

Un profesional con capacidad de soñar, con deseo de buscar utopías.

Utopías y...

La utopía es un ejercicio peligroso, pero intensamente hermoso. Peligroso por el riesgo de llegar a creer que las cosas posibles son sólo sueños, sueños que sueños son.

Pensar que no merece la pena elevar la voz por algo inalcanzable.

Mencionamos la utopía cuando pensamos o imaginamos el uso que deberían tener estas bibliotecas ubicadas en centros públicos de la zona sur de Madrid.

Una utopía: acabar con el uso exclusivo de los libros de texto. Puestos a imaginar, ¿qué ley obliga a los profesores a utilizar un solo libro de texto en el aula?, ¿Por qué no disponer de diferentes ejemplares de distintas editoriales y utilizar lo mejor de cada uno según los contenidos que se vayan a tratar? Entre otras cosas se evitaría la discriminación de aquellos alumnos que no pueden adquirir ese material educativo y se potenciaría el trabajo en equipo.

Otra utopía: con un buen fondo bibliográfico, ¿por qué reducir la enseñanza y el aprendizaje a los temas que propone un libro de texto? ¿No sería más enriquecedor elaborar los contenidos a partir de dichos fondos? Un estudiante, a lo largo de su trayectoria educativa, además de elementos simples como el bolígrafo, el lápiz y otros más complejos como el ordenador, ¿de qué herramientas dispone que, sin duda, son las más inherentes al proceso de aprendizaje?: los libros.

Los libros serán el medio principal para acceder al conocimiento; sin embargo, la mayor parte de esa trayectoria se halla determinada por los contenidos que deciden las editoriales para sus libros de texto.

Tenemos las bibliotecas, tenemos los bibliotecarios y nos preguntamos por qué no se organiza el acceso y el uso sistemático y continuado. Acudir a las bibliotecas para elaborar esa programación que

con tanta generosidad las editoriales facilitan. Hacer que el alumnado sea protagonista de su aprendizaje. Busquen, aprendan a buscar, aprendan a aprender.

En el inicio del año dos mil, el tan nombrado nuevo milenio, desde la escuela primaria hasta la universidad, seguimos como siempre: para mañana el tema dos y el tema tres. ¿No sería más profundo, más significativo, promover la documentación y la investigación bibliográfica desde edades tempranas? Una vez establecido el diseño curricular por ciclos y por etapas la cuestión sería: ahora vamos a elaborar los temas. Historia... Busquemos todo lo que podamos sobre ese momento histórico. Fechas, aspectos sociales, familiares, culturales, arte, literatura... Trabajemos en equipo, compartamos tareas. Y puestos a no prescindir del todo de los libros de texto, tengamos cuatro, cinco, seis ejemplares distintos, y vamos a trabajarlos en equipo, para que sirvan de guía y orientación, pero no nos quedemos sólo con eso. ¿Por qué prescindir de otros puntos de vista, de otros hechos, de otros datos importantes y, principalmente, por qué no desarrollar la curiosidad, esa curiosidad imprescindible en la investigación científica? Pero no debería ser una cualidad exclusiva de aquellos que buscan allí donde no hay nada, debería ser una cualidad de los niños, de hecho lo es, la tienen y sólo hay que estimularla.

Utopía: nuestro programa actúa en horario extraescolar, palabra que no comprendemos. ¿Cómo es posible que algo que ocurre dentro de la escuela se califique justamente en sentido contrario? Extraescolar: fuera de la escuela. El papel que realiza la biblioteca en la escuela es fundamentalmente apoyar y reforzar la labor docente, pero cuando la biblioteca se concibe como un proyecto extraescolar ¿dónde queda nuestra labor?

Trabajamos en un proyecto que comienza cuando el centro escolar ha cerrado sus puertas, en algunos casos la relación con el claustro es prácticamente inexistente, en otros se mantienen relaciones periódicas, pero probablemente insuficientes y en el mejor de todos podemos trabajar directamente en horario escolar, pero nunca de manera continua.

En muchos casos la biblioteca escolar se equipara a las clases de judo, fútbol, danza, que se imparten en el centro también en horario no lectivo, y esto ocurre porque la biblioteca es sólo una dependencia más, es decir, se designa a la parte por el todo.

Una utopía más: si llegáramos a esa idea que circula entre las promesas de algunos políticos de conseguir que las escuelas no cerraran por las tardes y que ofrecieran servicios más o menos similares al de los centros culturales: bibliotecas, actividades culturales y deportivas, de apoyo escolar, de ocio..., actividades gratuitas diseñadas no como un complemento a la

escuela, sino dentro de ese gran proyecto que es la escuela. Con profesionales que no actúan de forma paralela al proyecto educativo de los centros, sino que forman parte de él.

Tal vez serían necesarios responsables o equipos directivos para las jornadas de tarde, porque tal vez sea cierto que no podemos pedir a directores, jefes de estudios e incluso a conserjes, que una vez concluido su horario laboral tengan que seguir asumiendo responsabilidades desde la distancia. Pero si existieran esos equipos responsables de la jornada de tarde, ¿no deberían estar coordinados con los de la mañana?

Utopía: la escuela como un proyecto único. Profesionales que trabajan por un bien común: la educación.

Nosotros hoy en día colaboramos como podemos, en horario lectivo no es posible, apenas intervenimos cuando se celebran días significativos donde la celebración de actos culturales se extiende a toda la comunidad escolar. A pesar de eso hoy nos alegramos de haber llevado los cuentos, la poesía, el teatro, las bibliotecas y las técnicas de búsqueda y documentación a todos aquellos centros que han demandado nuestra colaboración. Lo hacemos con una ilusión que nos anima a seguir en esta línea, pero hoy por hoy consolidar esta presencia en lo "escolar" sigue siendo una utopía. Claro que sabemos que sin ser funcionarios no nos queda más remedio que la jornada de tarde, extraescolar, no lectiva, no formal. Sin embargo los niños, los jóvenes que acuden no entienden esta diferencia, nos siguen llamando profes y nosotros pecamos no diciéndoles la verdad, no somos profes, eso es cierto, pero lo que sí les aseguramos es que pretendemos ayudarles en todo lo posible, y que nos gustaría que esta ayuda estuviera más coordinada, valorada al menos por sus profesores. Sería ingrato no reconocer que, en la mayoría de los casos, así es, y que esta exposición de utopías no es una crítica al profesorado porque no son ellos los que ponen trabas al proyecto común, es la ley.

Si llegase la jornada continua, añorada por algunos padres y detestada por otros, no pretenderán, los que prometen solventar los problemas de atención familiar por asuntos laborales o de otro tipo, que tengan que costearlo las APAS, eso sería una injusticia social favorable sólo y exclusivamente a los más pudientes. La administración educativa debería garantizar un proyecto serio y acorde con los objetivos del proyecto educativo de la escuela en jornada de mañana. ¿pretenden crear dos mundos opuestos que sólo sirven para cubrir vacíos de tiempo?

Sin embargo, todas estas reflexiones no son otra cosa que utopías, al menos hasta el día de hoy.

Pero pasemos de las utopías a las realidades. Las de nuestras bibliotecas. Con nombres propios.

... Realidades

Marcos ha tenido algunos problemillas en la escuela: absentismo, fracaso escolar, retrasos, peleas. Esto es muy normal en los barrios en los que trabajamos. Marcos, a pesar de los conflictos que vive, no en la escuela sino con la escuela, acude todas las tardes a la biblioteca, que no se encuentra en su centro. Hablando con su tutor (gracias Jesús) conseguimos que le suban un par de puntos en algunas asignaturas, a cambio de ejercer de ayudante en la biblioteca. Asume su nueva tarea con responsabilidad e interés. Recupera su autoestima. Se vuelve a sentir útil, sabe que alguien se preocupa por él.

Nuria, de 5 años, acude a la biblioteca con su madre. Está indecisa, no sabe qué libro coger. Se le sugieren títulos, pero no le convencen ninguno. Finalmente su rostro se ilumina y le dice a la bibliotecaria: "quiero ese, es el que me comí el otro día". La bibliotecaria sonríe. No recordaba que Nuria había acudido el otro día, con los niños y niñas de su clase, a una sesión de la dinámica del "Restaurante-Biblioteca" (gracias a los bibliotecarios de la biblioteca de Camas-Sevilla. Ellos presentaron esta dinámica en los encuentros sobre bibliotecas y animación a la lectura que se celebran anualmente en Guadalajara). Nuria se va feliz con su libro. A seguir comiéndoselo con los ojos.

Valentín es dominicano, alto y fuerte, y con un corazón que apenas le cabe en su enorme pecho. Acude todas las tardes a la biblioteca y solicita la ayuda del bibliotecario para realizar sus tareas. Cuando no entiende algo cierra los puños y sus ojos comienzan a brillar, a llenarse de lágrimas que pugnan por escapar. Al realizar correctamente sus ejercicios una enorme sonrisa se abre en su rostro. Mira al bibliotecario y le dice: "por fin lo entendí. Gracias por ayudarme".

Vanessa tiene 16 años y se junta en la biblioteca con su amiga Patricia, que tiene 11, con su amiga Ana, de 19 años y con Belén, que tiene su edad, pero vive en otro barrio cercano. La biblioteca es su punto de encuentro, su centro de reunión, un espacio ganado en el barrio.

Alex, Sergio y Andrés acuden a la biblioteca por las tardes. No suelen hacer sus tareas, ni en la biblioteca ni en sus casas, tampoco les gusta leer, vienen a acompañar a algún amigo o a sentir calorcito. Como no quieren trabajar se les propone jugar al ajedrez. Comienzan a ganar a los que sacan mejores notas de su clase. Recuperan confianza en ellos mismos. Vuelven a hacer sus deberes.

Patricia tiene 19 años. Es curiosa, guapa y libre. Aunque saca buenas notas se aburre en clase. Sus compañeros le parecen muy pequeños y sus profesos-

res mayores. Viene a la biblioteca a sacar en préstamo lecturas obligatorias que normalmente considera un rollo: *La Celestina*, *El Quijote*, *La vida es sueño* y otros clásicos que quitan el amor hacia los libros a los estudiantes. Pero a Patricia le gusta leer y por eso le pide al bibliotecario que le recomiende algún libro: Kerouac, García Márquez, Benedetti, Cortázar. A veces le han gustado mucho. A veces no. Pero siempre escucha las sugerencias. Siempre se lleva otro libro a casa.

Muchas madres que acuden a buscar a sus hijos son más jóvenes que los bibliotecarios. Como Ana que, con treinta y algún años, tiene dos hijos. Se acerca a recogerlos y cuenta que a Susana, su hija de 11 años, le encanta venir a la biblioteca y nos da las gracias por ayudarla en sus tareas pues a ella le pregunta en casa y no la puede ayudar: “a estas edades les preguntan cosas muy difíciles y yo no me acuerdo ya de cuando estudiaba”.

Cuando Nuria, con sus 16 hermosos años, acude a la biblioteca, ésta, por arte de magia, o de la primavera, o de los libros, se convierte en una ligoteca. Todo son miradas, risas, insinuaciones. Y al mismo tiempo se estudia. O se lee. La primavera también afecta a Antonio que pide al bibliotecario algún poema de amor “para dárselo a Marisa, que me mola un montón”. Bécquer sigue siendo el preferido por los chicos y chicas para las declaraciones de amor. Neruda y sus *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* le sigue de cerca.

Matías y Juan son gitanos y con 9 y 11 años no saben leer, nunca nadie les enseñó. ¿Qué hacen entonces en una biblioteca? Ver libros de animales, que les encantan. O dibujar coches. O mirar. O escuchar. O enseñar al bibliotecario su anillo del Camarón y cantarle una rumbita callejera. Cuando cierra la biblioteca vuelven a sus chabolas, rodeados de ratas y heroína. Allí no hay libros.

Luis es gitano. Sheila es paya. Judith es peruana y Andrés de Madrid. Mohamed es marroquí y Lucía de Barcelona. Todos estos niños y niñas no saben qué significa la palabra interculturalidad. Simplemente la practican. En la biblioteca de su barrio.

Ana, Ramón, Susana, Fernando, Jessica y muchos otros chicos y chicas de todas las edades acuden a la biblioteca para hacer sus trabajos y deberes. Saben que habrá un bibliotecario que les ayudará y orientará, un fondo bibliográfico que podrán consultar, compañeros de clase a los que preguntar. Y en la biblioteca además pasan cosas. Muchas cosas.

Belén, bibliotecaria en el C. P. República del Brasil, dice: “Llegué a la biblioteca escolar casi con la sola idea de que se trataba de un tipo más de bibliotecas. Una categoría más entre las muchas que se estudian. Así que me hice la gran pregunta: ya que

estás aquí, ¿qué son las bibliotecas escolares? La primera respuesta, tras leer e indagar sobre el tema, no fue otra que esa gran desconocida: No sólo me encontraba trabajando en un programa social en áreas con problemas de marginación en el sur de Madrid, sino que además estaba dentro de una clase de biblioteca marginada, olvidada, dentro del Sistema Español de Bibliotecas.

Trabajar desde lo marginal para lo marginal es algo que me emocionó y aún me emociona. Todo se hizo significativo y significativo. Ante mí se abría un camino desde la periferia; un camino que deberá conducir hasta el centro y transformarlo”.

Paquita es directora de un colegio donde hay una biblioteca. Todas las tardes prolonga su jornada laboral y pasa un rato por la biblioteca a ver si Ana necesita algo, a charlar con ella, a ofrecer su ayuda o a pedirle bibliografía para alguna actividad. Siempre tiene una sonrisa, una palabra de aliento.

Dani, Beatriz, Belén, Carlos, Adriana, Jesús, Ana, Alberto, Lola, José, Marisa y Luis, ¿son bibliotecarios en un centro educativo o educadores en una biblioteca? Lo que sabemos es que nos gusta nuestro trabajo. Nos reímos, nos cabreamos, gritamos y contamos cuentos, jugamos al ajedrez, hacemos un catálogo. Ordenamos los libros y ayudamos a hacer las tareas a los chavales. Escuchamos sus problemas y hablamos de cualquier cosa con ellos y ellas. Algunos tenemos formación bibliotecaria y otros somos sociólogos o pedagogos. A muchos nos costaría trabajar en otro lado, en una biblioteca universitaria o pública, en un centro de documentación o de maestros, en una empresa de selección de personal o de bomberos. Todas son profesiones dignas, pero a nosotros y nosotras nos gusta nuestro oficio. Queremos a los niños y niñas que acuden a la biblioteca a reírse, a cabrearse, a gritar, a escuchar cuentos, a jugar al ajedrez, a leer, a hacer crucigramas, a estudiar, a hacer sus tareas, a contarnos sus problemas y a charlar con nosotros. Ellos y ellas también nos quieren. Y todos aprendemos a querer a los libros, a mirar, a escuchar, a amar las bibliotecas. ☑

Este artículo está dedicado a Cesar Galán y a Edume Mendizábal, que hicieron posible este proyecto, porque creían en las utopías y las querían convertir en realidades.

Este artículo está escrito por el equipo de bibliotecarios de la Fundación Tomillo. Los colegios donde funciona este programa están situados en el Sur de Madrid y son los siguientes: C.P. Juan de Herrera, C.P. Fray Junípero Serra, C.P. Carmen Cabezuolo, C.P. Miguel Servet, C.P. República del Brasil, C.P. Miguel Servet, C.P. El Madroño, C.P. Meseta de Orcasitas, I.E.S. Juan de Villanueva, C.P. Antonio de Nebrija, C.P. Juan de la Cierva, C.P. Dámaso Alonso, C.P. Severo Ochoa, C.P. Nuestra Señora del Lucero.